

D. DIEGO.

Vaya. . . . Vamos, sigue adelante.

D. CARLOS.

Mi asistente (que como usted sabe, es hombre de travesura, y conoce el mundo) con mil artificios que á cada paso le ocurrían, facilitó los muchos estorbos que al principio hallábamos. . . . La seña era dar tres palmadas, á las cuales respondían con otras tres desde una ventanilla que daba al corral de las monjas. Hablábamos todas las noches, muy á deshora, con el recato y las precauciones que ya se dejan entender. . . . Siempre fui para ella Don Felix de Toledo, oficial de un regimiento, estimado de mis gefes, y hombre de honor. Nunca la dije mas, ni la hablé de mis parientes, ni de mis esperanzas, ni la dí á entender que casándose conmigo podría aspirar á mejor fortuna: porque ni me convenia nombrarle á usted, ni quise exponerla á que las miras de interes, y no el amor, la inclinasen á favorecerme. De cada vez la hallé mas fina, mas hermosa, mas digna de ser adorada. . . . Cerca de tres meses me detuve allí; pero al fin, era necesario separarnos, y una noche funesta me despedí, la dejé rendida á un desmayo mortal, y me fui ciego de

amor adonde mi obligacion me llamaba. . . . Sus cartas consolaron por algun tiempo mi ausencia triste, y en una que recibí pocos dias ha, me dijo como su madre trataba de casarla, que primero perderia la vida que dar su mano á otro que á mí: me acordaba mis juramentos, me exhortaba á cumplirlos. . . . Monté á caballo, corrí precipitado el camino, llegué á Guadalajara; no la encontré, vine aquí. . . . Lo demas bien lo sabe usted, no hay para qué decírselo.

D. DIEGO.

¿Y qué proyectos eran los tuyos en esta venida?

D. CARLOS.

Consolarla, jurarla de nuevo un eterno amor: pasar á Madrid, verle á usted, echarme á sus pies, referirle todo lo ocurrido, y pedirle, no riquezas, ni herencias, ni protecciones, ni. . . . eso no. . . . Solo su consentimiento y su bendicion para verificar un enlace tan suspirado, en que ella y yo fundábamos toda nuestra felicidad.

D. DIEGO.

Pues ya ves, Carlos, que es tiempo de pensar muy de otra manera.

D. CARLOS.

Sí señor.

D. DIEGO.

Si tú la quieres, yo la quiero también. Su madre y toda su familia aplauden este casamiento. Ella..... y sean las que fueren las promesas que á ti te hizo..... ella misma, no ha media hora, me ha dicho que está pronta á obedecer á su madre y darme la mano así que.....

D. CARLOS.

Pero no el corazón. *(Levántase.)*

D. DIEGO.

¿Qué dices?

D. CARLOS.

No, eso no..... Sería ofenderla..... Usted celebrará sus bodas cuando guste: ella se portará siempre como conviene á su honestidad y á su virtud; pero yo he sido el primero, el único objeto de su cariño, lo soy, y lo seré..... Usted se llamará su marido, pero si alguna ó muchas veces la sorprende, y ve sus ojos hermosos inundados en lágrimas, por mí las vierte..... No la pregunte usted jamás el motivo de sus melancolías..... Yo, yo seré la causa..... Los suspiros,

que en vano procurará reprimir, serán finezas dirigidas á un amigo ausente.

D. DIEGO.

¿Qué temeridad es esta?

(Se levanta con mucho enojo, encaminándose hacia Don Carlos, el cual se va retirando.)

D. CARLOS.

Ya se lo dije á usted..... Era imposible que yo hablase una palabra sin ofenderle..... Pero acabemos esta odiosa conversacion..... Viva usted feliz y no me aborrezca, que yo en nada le he querido disgustar..... La prueba mayor que yo puedo darle de mi obediencia y mi respeto, es la de salir de aquí inmediatamente..... Pero no se me niegue á lo menos el consuelo de saber que usted me perdona.

D. DIEGO.

¿Con que en efecto te vas?

D. CARLOS.

Al instante, señor..... Y esta ausencia será bien larga.

D. DIEGO.

¿Por qué?

D. CARLOS.

Porque no me conviene verla en mi vida.....
Si las voces que corren de una próxima guerra se
llegáran á verificar..... Entonces.....

D. DIEGO.

¿Qué quieres decir?

(Asiendo de un brazo á Don Carlos, le hace venir mas adelante.)

D. CARLOS.

Nada..... Que apetezco la guerra, porque
soy soldado.

D. DIEGO.

¡Carlos!..... ¡Qué horror!..... ¡Y tienes co-
razon para decírmelo?

D. CARLOS.

Alguien viene..... *(Mirando con inquietud hácia
el cuarto de Doña Irene, se desprende de Don Diego, y hace
ademán de irse por la puerta del foro. Don Diego va detras
de él y quiere impedirselo.)* Tal vez será ella..... Que-
de usted con Dios.

D. DIEGO.

¿Adónde vas?..... No señor, no has de irte.

D. CARLOS.

Es preciso..... Yo no he de verla..... Una

sola mirada nuestra pudiera causarle á usted in-
quietudes crueles.

D. DIEGO.

Ya he dicho que no ha de ser..... Entra en
ese cuarto.

D. CARLOS.

Pero si.....

D. DIEGO.

Haz lo que te mando.

(Éntrase Don Carlos en el cuarto de Don Diego.)

ESCENA XI.

DOÑA IRENE. DON DIEGO.

DOÑA IRENE.

Con que, señor Don Diego, ¿es ya la de vá-
monos..... Buenos dias..... *(Apaga la luz que está
sobre la mesa.)* ¿Reza usted?

D. DIEGO.

Sí, para rezar estoy ahora.

(Paseándose con inquietud.)

DOÑA IRENE.

Si usted quiere, ya pueden ir disponiendo el
chocolate, y que avisen al mayoral para que en-

ganchen luego que..... ¿Pero qué tiene usted, señor?..... ¿Hay alguna novedad?

D. DIEGO.

Sí, no deja de haber novedades.

DOÑA IRENE.

Pues qué..... Dígalo usted por Dios..... ¡Vaya, vaya!..... No sabe usted lo asustada que estoy..... Cualquiera cosa, así, repentina, me remueve toda y me..... Desde el último mal parto que tuve quedé tan sumamente delicada de los nervios..... Y va ya para diez y nueve años, si no son veinte; pero desde entonces, ya digo, cualquiera friolera me trastorna..... Ni los baños, ni caldos de culebra, ni la conserva de tamarindos, nada me ha servido, de manera que.....

D. DIEGO.

Vamos, ahora no hablemos de malos partos ni de conservas..... Hay otra cosa mas importante de que tratar..... ¿Qué hacen esas muchachas?

DOÑA IRENE.

Estan recogiendo la ropa y haciendo el cofre, para que todo esté á la vela, y no haya detencion.

D. DIEGO.

Muy bien. Siéntese usted..... Y no hay que asustarse ni alborotarse (*Siéntanse los dos.*) por nada de lo que yo diga: y cuenta, no nos abandone el juicio cuando mas le necesitamos..... Su hija de usted está enamorada.....

DOÑA IRENE.

¿Pues no lo he dicho ya mil veces? Sí señor que lo está, y bastaba que yo lo dijese para que.....

D. DIEGO.

¡Este vicio maldito de interrumpir á cada paso! Déjeme usted hablar.

DOÑA IRENE.

Bien, vamos, hable usted.

D. DIEGO.

Está enamorada; pero no está enamorada de mí.

DOÑA IRENE.

¿Qué dice usted?

D. DIEGO.

Lo que usted oye.

DOÑA IRENE.

¿Pero quién le ha contado á usted esos disparates?

D. DIEGO.

Nadie. Yo lo sé, yo lo he visto, nadie me lo ha contado, y cuando se lo digo á usted, bien seguro estoy de que es verdad. . . . Vaya, ¿qué llanto es ese?

DOÑA IRENE.

¡Pobre de mí! (*Llora.*)

D. DIEGO.

¿A qué viene eso?

DOÑA IRENE.

¡Porque me ven sola y sin medios, y porque soy una pobre viuda, parece que todos me desprecian y se conjuran contra mí!

D. DIEGO.

Señora Doña Irene. . . .

DOÑA IRENE.

Al cabo de mis años y de mis achaques, verme tratada de esta manera, como un estropajo, como una puerca cenicienta, vamos al decir. . . .

¿Quién lo creyera de usted? . . . ¡Válgame Dios! . . .
 ¡Si vivieran mis tres difuntos! . . . Con el último difunto que me viviera, que tenía un genio como una serpiente. . . .

D. DIEGO.

Mire usted, señora, que se me acaba ya la paciencia.

DOÑA IRENE.

Que lo mismo era replicarle que se ponía hecho una furia del infierno, y un día del Corpus, yo no sé por qué friolera, hartó de mogicones á un comisario ordenador, y si no hubiera sido por los que se pusieron de por medio, le estrella contra un poste en los portales de Santa Cruz.

D. DIEGO.

¿Pero es posible que no ha de atender usted á lo que voy á decirle?

DOÑA IRENE.

¡Ay! no señor, que bien lo sé, que no tengo pelo de tonta, no señor. . . . Usted ya no quiere á la niña, y busca pretextos para zafarse de la obligacion en que está. . . . ¡Hija de mi alma y de mi corazón!

D. DIEGO.

Señora Doña Irene, hágame usted el gusto de oirme, de no replicarme, de no decir despropósitos; y luego que usted sepa lo que hay, llore, y gima, y grite, y diga cuanto quiera.... Pero entretanto no me apure usted el sufrimiento, por amor de Dios.

DOÑA IRENE.

Diga usted lo que le dé la gana.

D. DIEGO.

Que no volvamos otra vez á llorar, y á....

DOÑA IRENE.

No señor, ya no lloro.

(Enjugándose las lágrimas con un pañuelo.)

D. DIEGO.

Pues hace ya cosa de un año, poco mas ó menos, que Doña Paquita tiene otro amante. Se han hablado muchas veces, se han escrito, se han prometido amor, fidelidad, constancia.... Y por último, existe en ambos una pasión tan fina, que las dificultades y la ausencia, lejos de disminuirla, han contribuido eficazmente á hacerla mayor.... En este supuesto....

DOÑA IRENE.

¿Pero no conoce usted, señor, que todo es un chisme, inventado por alguna mala lengua que no nos quiere bien?

D. DIEGO.

Volvemos otra vez á lo mismo.... No señora, no es chisme. Repito de nuevo que lo sé.

DOÑA IRENE.

¿Qué ha de saber usted, señor, ni qué traza tiene eso de verdad? ¿Con que la hija de mis entrañas encerrada en un convento.... que no sabe lo que es mundo, que no ha salido todavía del cascaron, como quien dice!.... Bien se conoce que no sabe usted el genio que tiene su tía.... Pues bonita es ella para haber disimulado á su sobrina el menor desliz.

D. DIEGO.

Aquí no se trata de ningun desliz, señora Doña Irene; se trata de una inclinación honesta, de la cual hasta ahora no habíamos tenido antecedente alguno. Su hija de usted es una niña muy honrada, y no es capaz de deslizarse.... Lo que digo es que todas las tías, y las parientas,

y las madres, y usted, y yo el primero, nos hemos equivocado solemnemente. La muchacha se quiere casar con otro, y no conmigo.... Hemos llegado tarde: usted ha contado muy de ligero con la voluntad de su hija.... Vaya, ¿para qué es cansarnos? lea usted ese papel, y verá si tengo razon.

(Saca el papel de Don Carlos y se le da. Doña Irene, sin leerle, se levanta muy agitada, se acerca á la puerta de su cuarto y llama. Levántase Don Diego y procura en vano con- tenerla.)

DOÑA IRENE.

¡Yo he de volverme loca!.... Francisquita....
¡Virgen santa!.... Rita, Francisca.

D. DIEGO.

¿Pero á qué es llamarlas?

DOÑA IRENE.

Sí señor, que quiero que venga, y que se desengañe la pobrecita de quién es usted.

D. DIEGO.

Lo echó todo á rodar.... Esto le sucede á quien se fia de la prudencia de una muger.

ESCENA XII.

DOÑA FRANCISCA. RITA. DOÑA IRENE. D. DIEGO.

RITA.

Señora.

DOÑA FRANCISCA.

¿Me llamaba usted?

DOÑA IRENE.

Sí, hija, sí; porque el señor Don Diego nos trata de un modo que ya no se puede aguantar. ¿Qué amores tienes, niña? ¿A quién has dado palabra de matrimonio? ¿Qué enredos son estos?.... Y tú, picarona.... Pues tú tambien lo has de saber.... Por fuerza lo sabes.... ¿Quién ha escrito este papel? ¿Qué dice?....

(Presentando el papel abierto á Doña Francisca.)

RITA.

(Aparte á Doña Francisca. Su letra es.)

DOÑA FRANCISCA.

¿Qué maldad!.... Señor Don Diego, ¿asi cumple usted su palabra?

D. DIEGO.

Bien sabe Dios que no tengo la culpa....

Venga usted aquí. . . . (*Asiendo de una mano á Doña Francisca, la pone á su lado.*) No hay que temer. . . . Y usted, señora, escuche y calle, y no me ponga en términos de hacer un desatino. . . . Deme usted ese papel. . . . (*Quitándola el papel de las manos á Doña Irene.*) Paquita, ya se acuerda usted de las tres palmadas de esta noche.

DOÑA FRANCISCA.

Mientras viva me acordaré.

D. DIEGO.

Pues este es el papel que tiraron á la ventana. . . . No hay que asustarse, ya lo he dicho. (*Lee.*) "Bien mio: si no consigo hablar con usted, haré »lo posible para que llegue á sus manos esta carta. Apenas me separé de usted, encontré en la »posada al que yo llamaba mi enemigo, y al verle no sé cómo no espiré de dolor. Me mandó »que saliera inmediatamente de la ciudad, y fue »preciso obedecerle. Yo me llamo Don Carlos, »no Don Felix. . . . Don Diego es mi tío. Viva »usted dichosa, y olvide para siempre á su infeliz amigo. = *Carlos de Urbina.*"

DOÑA IRENE.

¿Con que hay eso?

DOÑA FRANCISCA.

¡Triste de mí!

DOÑA IRENE.

¿Con que es verdad lo que decia el señor, grandísima picarona? Te has de acordar de mí.

(*Se encamina hácia Doña Francisca, muy colérica y en ademán de querer maltratarla. Rita y Don Diego procuran estorbarlo.*)

DOÑA FRANCISCA.

Madre. . . . Perdon.

DOÑA IRENE.

No señor, que la he de matar.

D. DIEGO.

¿Qué locura es esta?

DOÑA IRENE.

He de matarla.